

BEATRIZ ESTEBAN

LAS VOCES DEL LAGO



«A veces odiaba ver fantasmas».

Irlanda, 1997. Bree regresa con su madre al pueblo de su infancia para huir del dolor de la muerte de su padre. No obstante, la casa no resulta ser el refugio que esperaba: en medio de la oscuridad, las bombillas se rompen solas, en los espejos aparecen palabras y en las habitaciones se cuela un frío sobrenatural.

Es posible que, como su amigo Adam le asegura, tenga el don de percibir presencias extrañas. Pero a ella le recuerda más a una maldición. A fin de cuentas, a todo el mundo lo persiguen sus propios espíritus... Y los de Bree han dejado de ser invisibles.

«Ya no sabía qué fantasma me asustaba más: el que habitaba la casa o el que habitaba nuestra piel. No sabía cuál nos mataría primero».

*Para mi madre, la mujer que me enseñó a alzar
la voz sin miedo.
Esta es la historia de cómo sobrevivimos.*

0

1988

Solo la recuerdo a ella.

Me miraba a solo unos pasos, abrazándose los codos como si así pudiera protegerse del frío. Jugaba a acercar la punta de sus zapatos al hielo del lago.

–Eres una miedica. –Le saqué la lengua, pero ella negó con la cabeza.

No iba a moverse.

Por eso lo hice yo.

Me quedé de pie en medio del lago, de cara al bosque que se erguía al otro lado. Solo que entonces ni siquiera sabía lo que significaba «erguirse»; ella tampoco. Teníamos once años. Sabíamos que se acercaba la hora de despedirse, que los valientes se quitaban los guantes, que el agua del lago llevaba siendo hielo desde diciembre.

Pero no recuerdo cómo crucé el lago. No sé cuánto me alejé de ella, ni si las piernas me temblaban de frío, ni si las suyas intentaron seguirme. Uno no se suele acordar de estas cosas, ¿verdad? Nadie recuerda los detalles. Nadie recuerda lo que no importa; lo crea después. No recuerdo si aquel día el cielo estaba gris, si nevaba o llovía. Ya no oi-

go el crujido del hielo ni el susurro de las zarzas. No siento el frío helándome las manos desnudas ni las mejillas entumecidas. No consigo revivir esa sensación de ser invencible, de ser valiente, de ser por una vez el que diera el primer paso.

Ni siquiera recuerdo apartar los ojos del hielo y girarme para mirarla. Pero sé que lo hice.

Porque a ella sí la recuerdo.

Aquel día la bufanda le llegaba hasta la nariz, el gorro le tapaba el flequillo y solo quedaba a la vista el rubor de sus mejillas y las pecas que adornaban su nariz. Una brisa hizo que se estremeciera y se abrazara con todavía más fuerza.

—Adam, vuelve —murmuró. Echó un vistazo atrás, como si temiera que un lobo apareciera de entre los árboles. O quizás temía a sus padres.

Quizás no quería decir adiós.

Quizás no me pidió que volviera. Quizás no dijera nada. Ella era la más habladora de los dos, la que llevaba la voz cantante, pero el frío siempre la callaba. No recuerdo si me llamó, pero quiero pensar que lo hizo. Igual que tampoco recuerdo en qué momento empezó a llorar o si ya estaba llorando cuando llegamos al lago.

Cuando tienes once años, no es fácil consolar a una niña. Menos aún si estás acostumbrado a que ella sea la fuerte de los dos, la primera en llenarse las manos de barro y hacerse moretones en las rodillas. Lo intenté como pude. Pensé en pasarle el brazo por encima de los hombros o en acercarme y coger su carita entre mis manos, frías, como siempre hacía ella. Pero estaba demasiado lejos.

—Estoy bien, Bree. No va a pasar nada, tonta. ¿Ves? —Di un golpe suave al hielo, fingiendo más valor del que sentía. Sé que el hielo crujió un poco más. Pero crujió siempre, ¿no? Eran los murmullos del agua, que pedía huir. Era normal. Estaba a salvo.

Solo me faltaba ella.

Los dos escuchamos cómo la llamaban. Giró la cabeza y se abrazó todavía más fuerte.

–Tengo que irme ya. –Fue solo un susurro. A las palabras les costaba abrirse camino entre las lágrimas, pero yo seguía viéndolo como un juego. Yo estaba sobre el hielo. Había ganado.

–¿No quieres acercarte un poco? Está helado, Bree, no va a pasarte nada.

No a ti.

La niña arrugó la nariz. Dejó de jugar con la linde del lago y se acercó de puntillas, a zancadas, hasta mí. Fue solo un segundo. Y si fueron más, no lo recuerdo. Bree sonrió antes de despedirse.

A veces, cuando me acuerdo de esos dos besos, casi me parece que llego a sentirlos otra vez. Como si ella estuviera aquí, conmigo, como si los dos jugáramos a ser valientes sobre un lago helado.

Uno en la frente.

Otro en la mejilla.

Un apretón de manos y una sonrisa traviesa antes de volver a la orilla.

–¿Volverás en verano?

Bree dejó de darme la espalda y me miró, asomando los labios por encima de la bufanda de lana. Tenía los labios cortados, las mejillas rosas, el pelo acartonado llegando a la altura de la barbilla. Pasarían los años y Bree seguiría siendo la niña que escondía constelaciones bajo la piel.

Pero yo no estaría para verla.

–Claro que sí.

Sonreí. Fue ella la que se alejó del lago.

–Te esperaré, ¿vale?

Ninguno supo que los dos mentíamos. Ninguno supo que aquella sería nuestra última despedida. Quizás, si lo

hubiéramos sabido, habríamos congelado mejor el recuerdo de aquellos últimos dos besos.

Uno en la frente, otro en la mejilla.

El hielo crujió un poco más cuando Bree se marchó.

1

1997

–Deja que entre yo primero, mamá.

Ella no respondió. Seguía en el asiento del copiloto, con la mirada perdida en la arboleda que se alzaba tras la casa. Nueve años después, parecía que solo hubiéramos cambiado nosotras.

El aire olía a hierba mojada y lo único que daba luz era un tímido rayo de sol entre las nubes. Por el color del cielo se podía anticipar viento, lluvia, niebla; todo a la vez. Así era Irlanda.

Tal vez, de ver un poco más el sol, mi madre hubiera aprendido a ver la vieja casa de Degriffin con otros ojos. Sus recuerdos dejarían de ser grises. A menos que apareciera él.

Escondí las manos en las mangas del jersey y cerré la puerta del coche a mis espaldas. Nuestra antigua casa estaba separada del lago por una parcela con forma de media luna, de una hectárea de hierba salvaje y caótica. Después de nueve años deshabitada, a excepción de un par de turistas que la habían alquilado, la enorme vivienda de paredes de piedra parecía abandonada. Los matojos que

crecían alrededor de la entrada no ayudaban a espantar los fantasmas. Habría sido difícil abrirme camino atravesando la hierba de no ser porque los clientes habituales del lago –perros, ciervos, demás animales y turistas perdidos– mantenían un estrecho sendero pisoteado.

Giré la cabeza hacia mi madre antes de meter las llaves en el cerrojo. La puerta crujió al abrirse y estornudé cuando todo aquel polvo me dio la bienvenida. Se suponía que mi padre se había encargado de mantenerla presentable para posibles inquilinos, aunque algo me decía que en los últimos años le había dado un uso distinto.

El amplio vestíbulo daba paso al salón, donde cada mueble seguía oculto bajo una sábana sucia. Las persianas dejaban entrar líneas de luz a la habitación. El reloj de la pared llevaba meses parado a las 3:43, como si en aquella casa también se hubiera detenido el tiempo.

Sentí un nudo en el estómago nada más entrar. Quería proteger a mi madre de esa extraña sensación de que ya no pertenecíamos aquí, de que era nuestra casa, sí, con el mismo papel de pared y las mismas cortinas, pero algo en el aire parecía gritarnos que nos fuéramos de allí.

Aparté de un tirón la sábana que cubría la cómoda, haciendo tintinear el viejo cenicero y las fotos que se habían pasado los últimos años cogiendo polvo, desde que se marchó el último inquilino y mi padre volvió para pasar una temporada en el pueblo.

Ahora ya nadie fumaba en esta casa. Ahora el rostro que sonreía en las fotografías estaba prohibido.

Por eso me deshice de todo aquello que pudiera recordarnos a él. Subí las persianas y dejé entrar la poca luz que se colaba entre las nubes. Escondí los ceniceros, los recuerdos de aquel viaje a la India, las fotografías en las que fuéramos tres y no dos. Todo. Todo, todo.

–¿Bree? ¿Qué estás...?

A los diez minutos, mi madre apareció en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. A la

sombra su rostro se veía todavía más demacrado. Sus brazos más finos, su suéter demasiado ancho, ella demasiado pequeña.

–Mamá, vuelve al coche, yo...

Pero no me escuchaba. Me había llamado, pero ya no me miraba. Sus ojos se habían nublado al ver la única foto que quedaba por esconder. Para cuando llegué hasta ella, las piernas ya habían empezado a temblarle. Tuve que sujetarla de los codos para sostenerla.

–Mamá...

–Son solo recuerdos, Bree. Son solo... –Pero no pudo acabar la frase. Porque hacía meses que los recuerdos rompían, que cualquier calle por la que hubiera pasado mi padre era un camino lleno de fantasmas.

Mi madre fue la primera en convertirse en una casa encantada. Dentro de ella había amores muertos que aún la habitaban, y ya no sabía cómo dejarlos marchar. A veces ni siquiera quería que se fueran. No era un amor real, pero era bonito. Era cálido. Era lo único que le quedaba. Pero seguían siendo fantasmas, y su cuerpo seguía siendo una casa derruida.

–Mamá, vuelve –le pedí, cuando vi que sus ojos se llenaban de lágrimas. Cuando el presente desaparecía para volverse solo recuerdos–. Mamá, olvídate de él, por favor. Olvídalo. Vamos a estar bien, ¿me oyes? Estaremos mejor. Esto pasará y lo superaremos, juntas, como hemos hecho siempre. –Seguía con la mirada perdida y los brazos débiles. La acompañé con cuidado hacia el sillón. No dejaba de llorar. No me escuchaba–. Solo aguanta un día más, mamá. Solo un día más. Por favor.

Ella asintió, y su llanto se volvió más silencioso. Pero el dolor permanecía, igual que lo había hecho en el último año.

Y todo era por su culpa.

Degriffin tenía que alejarnos de él, no ayudarnos a recordarle. Mi madre veía fantasmas que ya no existían. Re-

cuerdos que ella misma creaba.

Y no se me ocurrían más formas de deshacerme de ellos.

Me dio la sensación de que yo no era la única que había crecido desde que nos marchamos de Degriffin. De pronto, las habitaciones de aquella casa –de *nuestra* casa– me parecían más grandes, las estanterías parecían estar torcidas y de repente la cubertería se guardaba en el segundo cajón de la cocina. Era como si en lugar de volver a casa estuviéramos invadiendo un espacio extraño, que a veces nos daba la bienvenida y otras veces nos daba la espalda.

Porque el horno seguía tardando en calentarse y la televisión no cogía bien la señal. Los primeros escalones todavía crujían como si se quejaran de nuestro peso. Y acosté a mi madre en el mismo lado de la cama de siempre, dejando la persiana lo suficientemente subida para que no se quedara sin luz. Le di dos besos; uno en la mejilla, otro en la frente.

Una vez que cerré su puerta, le bastaron dos segundos para romper a llorar.

Fingí no escucharla, porque sabía que nada de lo que dijera serviría para calmarla. Volví a mi antigua habitación, al lado de la suya, para acabar de vaciar las cajas de la mudanza. Con suerte, aquella habitación en la que había pasado siete años de mi vida y cuatro veranos más dejaría de recordarme todo lo que faltaba.

–Bienvenidos a casa, pequeños.

Los cactus fueron los primeros en abandonar las cajas, dejando detrás un rastro de tierra. Desempaqué un par de libros que había traído desde Dublín, la tira de fotografías que antes encabezaba mi cama y el osito de peluche que todavía llevaba la bufanda de lana que mi madre tejió

años atrás. Cuando tenía tiempo para ella. Cuando su vida era más que el duelo, más que mi padre.

Sacudí la cabeza. Al pensar en él no hacía más que revivirlo, y se suponía que habíamos vuelto a Degriffin para olvidarle. Para empezar de nuevo. Tendría que sentirme aliviada, no..., no así. No como si todavía estuviéramos en peligro, como si el dolor aún nos persiguiera.

El cielo se había despejado al anochecer y la luna iluminaba la explanada que quedaba frente a la casa. La ventana de mi cuarto daba directa a la vieja casa del árbol, que se mantenía firme sobre las ramas y oculta entre las hojas como si para ella el tiempo no hubiera pasado. Me dejé caer sobre la cama con un suspiro.

Las manos todavía me temblaban. Mi madre todavía gimoteaba al otro lado de la pared, como cada maldita noche.

«Nada de esto tendría que ser así», pensé. «No tendría que ser la madre de mi propia madre. No tendría que estar velando todos los días para que hiciera algo más que llorar en su cama, sin fuerzas ni ánimo para levantarse. No tendría que darle a mi madre razones para vivir. Nada de esto... Nada de esto habría pasado si no fuera por ti, papá».

En la vieja casa de Degriffin, las paredes parecían hechas de papel. Por eso no supe si los llantos que interrumpieron mi duermevela fueron los de mi madre. Quizás eran los míos.

Quería acostumbrar a mi madre a la vida en Degriffin: a la televisión que cogía polvo más rápido de lo que podíamos limpiarla, a los desayunos de huevos y pan (pedirle más era mucho pedir), y a los paseos cerca del lago con la única compañía de las gaviotas que se perdían en su ca-

mino de vuelta a los acantilados. Pero ella seguía sin ver nada, sin sentir nada, sin querer nada. Tan gris como Irlanda.

–Podríamos visitar la ciudad, mamá.

–¿Dublín?

–Degriffin. El centro, ya sabes. Te vendría bien que te diera un poco el aire, ¿no?

Ella suspiró y giró la cabeza hacia la ventana. Apenas se había movido del sillón desde que llegamos, dos días atrás.

–Podríamos volver a Dublín, Bree. No sé... No sé si esto ha sido buena idea.

Suspiré, conteniéndome para no ponerle los ojos en blanco otra vez.

–¿Tengo que recordarte lo que nos dijo Christine? En Dublín no quedan más que recuerdos de una vida que ya no tenemos, mamá. Aquí... Aquí estaremos tranquilas por fin. Solo necesitas un poco de tiempo. Esto nos ayudará a las dos.

Pero había bastado con recordarle el apartamento para sacarle las lágrimas.

–Esto no hará que vuelva.

Apreté los puños. Siempre decía lo mismo, *siempre*.

–Otra vez no, mamá. Para.

–Bree, es tu padre...

–¡He dicho que pares!

Me levanté de su lado de un salto. Otra vez el pulso acelerado y la mirada de miedo de mi madre, que había perdido hasta las fuerzas para llorar. Y todo por su culpa. Todavía era su culpa. ¿Es que no se daba cuenta?

–Bree...

No la miré. Habíamos repetido esta conversación demasiadas veces.

–Voy a salir a comprar.

No dejé que replicara y recogí el abrigo del perchero. Las llaves tintinearón en mi bolsillo. Necesitaba coger aire,

reponer fuerzas. Cuando me volví de nuevo a mi madre, ella se mantenía en el sillón, hundida entre los cojines. Cada día la sentía más lejos.

—Y te recuerdo que el lunes vuelvo a la universidad, mamá. —Abrí la puerta, sin mirarla—. Quizás sería bueno que para entonces salieras de casa.

Quería sonar autoritaria, como a veces sonaba Christine. Pero seguía siendo mi madre. Seguíamos compartiendo el mismo dolor, aunque cada una lo hiciera de forma distinta. Quizás por eso mi voz sonó más a una súplica que a una orden.

Me bastó dar un paso adelante para que una ráfaga helada congelara mis mejillas, como si el invierno hubiera decidido entrar en Degriffin por la puerta grande cuando el otoño todavía se estaba desperezando.

Solo que ya no parecía otoño.

La hierba estaba cubierta de nieve, el lago se había vuelto hielo. El cielo se había oscurecido como si estuviera teniendo lugar un eclipse. Todo era blanco, incluido el color de mi piel y la nieve que se colaba entre mis dedos. El único negro venía de una sombra en medio del lago.

—¿Qué...? —empecé, pero el frío me congeló la garganta. Los copos de nieve se instalaron en mis párpados, nublándome la vista.

Cuando miré a mis pies, oí el crujido del hielo.

Volví al interior de la casa con el corazón amenazando con salirse del pecho.

No tenía sentido.

—Bree, ¿eres tú?

Mi madre se dio la vuelta en el sillón para mirarme, sin molestarse en apartar la manta de sus rodillas. Volví la vista a mis manos, ahora libres de nieve.

No le contesté y abrí la puerta con cuidado, asomando la nariz al exterior. El paisaje volvió a ser el mismo que nos había dado la bienvenida dos días atrás: apagado, otoñal, típico de octubre. La brisa agitaba la arboleda que rodea-

ba el lago y creaba ondas en el agua. Pero no había nieve ni frío ni hielo.

Sacudí la cabeza. Llevaba demasiadas noches sin dormir bien; tenía que ser eso. Mamá decía que tenía mucha imaginación. La suficiente para ver fotografías a través de la lente segundos antes de tomarlas o hablar de tú a tú a mis cactus. Cambiar paisajes en mi cabeza era solo subir de nivel.

Aunque, bueno, también había otra opción. Me volví a mi madre con una sonrisa, dejando tiempo para que mis latidos volvieran a su ritmo normal.

Quizás sí que estábamos en una casa encantada, después de todo.